

¿Qué función cumple una universidad como la actual –reacia al cambio, con estructuras anquilosadas y planteamientos decimonónicos– en una sociedad que se halla a las puertas del S. XXI?

La Universidad actual: FÁBRICA DE TÍTULOS

— María Menéndez–Ponte —

• ¿Por qué el lavado de cara o pseudoreforma que se ha llevado a cabo en ella ha estado al margen de la escuela, como si fueran dos entidades distintas, o con muy poco que ver?

• ¿A qué obedece ese "hacer que hacemos": a una falta de política educativa seria, hecha a partir de una profunda investigación o, por el contrario, a una política muy clara y concreta, cuyo objetivo es una universidad mediocre donde la gente piense por sí misma lo menos posible?

• ¿Por qué cada vez hay más chicos y chicas incapaces de enfrentarse con éxito a pruebas que les exijan reflexión, manejo del lenguaje oral o escrito y aportaciones personales? Y hablo de chicos y chicas con unos currícula impresionantes, cargados de masters, idiomas, cursos en universidades extranjeras, que además son cinturones negros, manejan con pericia el ordenador y tocan el piano o el violonchelo.

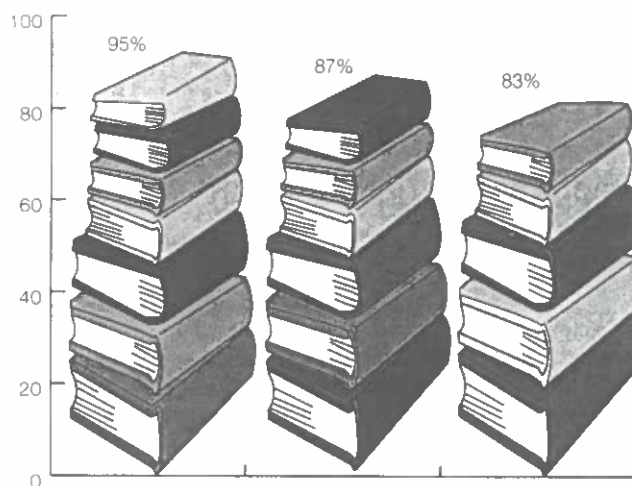
• ¿Necesita realmente la sociedad una universidad como la actual, altamente tecnificada, con ligerísimos tintes de humanismo, y sin otra preocupación que la de conseguir un título para acceder a un difícil mercado de trabajo?

• ¿A qué se debe la pasividad, la ausencia de crítica, la política de parches (medicina curativa, no preventiva), en una palabra, el inmovilismo?

• ¿Por qué a los estudiantes les preocupa mucho más obtener títulos que conocimientos? ¿Por qué muchos renuncian incluso a una vocación en favor de una carrera más lucrativa o de mayor consideración social?

• ¿Por qué se espera únicamente de los alumnos que, año tras año, escuchen unas lecciones magistrales y se limiten a reproducir unos apuntes lo más fielmente posible en los exámenes?

• ¿Por qué, año tras año, siguen saliendo promociones de estudiantes de Derecho que no han pasado por un juzgado ni han visto un caso práctico en toda la carrera y sienten pánico a hablar en público? ¿O estudiantes de ciencias que apenas han trabajado en un laboratorio?



El éxito de la mediocridad

Todas estas cuestiones que, año tras año, me vengo planteando, me brotan ahora, en cascada y de un tirón, cuando mi hijo mayor ha hecho su entrada en la universidad. Y me brotan con rabia, como siempre que a uno le tocan lo más suyo. No le han hecho falta muchos meses para darse cuenta de que poco importa haber leído a Platón, Aristóteles, Ortega y Gasset o Unamuno. Y mucho menos, tener otra inquietud que no sea la de aprobar. Y que no aprueba quien más ha estudiado (entendiendo por estudiar leer y asimilar distintos puntos de vista sobre un mismo tema y exponerlo con originalidad, aportando cierta creatividad), sino quien mejor reproduce los apuntes de clase o quien mejor comprende las intenciones últimas del profesor.

La mediocridad se impone y, además, tiene éxito. La estructura social arraigada en el bienestar, el provecho y la ganancia rápida, hipotecan, en gran medida, el cultivo humano. Caminamos con inercia por la vía de lo mecánico, lo establecido, sin darnos cuenta de que es un callejón sin salida, de que sólo el afán por conocer nuestra

propia evolución y superar nuestras limitaciones, en definitiva el aprender a ser personas, nos hará crecer. Y es esta estructura social la que marca las pautas a la universidad, no a la inversa.

Así pues, la universidad, depositaria de esas estructuras, se limita a ser un eslabón más de esa mediocridad. Con reformas, como decía antes, que son un simple lavado de cara. Y que no sólo no ayudan al alumno a forjar su propia libertad, sino que, además de encadenarlo a una sociedad que no le satisface y en la cual le va a resultar difícil vivir, le complica el currículo con un sistema de créditos mal entendido. Y digo mal entendido, porque un sistema de créditos no consiste en impartir en cuatro meses el mismo programa que antes se impartía en un año, ni convertir en exámenes finales lo que antes eran parciales. Esto crea una paranoia en el profesorado, que se siente incapaz de dar los mismos contenidos de antes y de la misma manera, pero en menos espacio de tiempo. Y una gran frustración en los estudiantes, que se sienten desbordados.

Como dice el filósofo y pedagogo J. Krishnamurti, "La educación sólo puede ser transformada educando al educador, y no simplemente creando una nueva norma, un nuevo sistema de acción". Parece evidente que, si los educadores han de educar ayudando al alumno a forjar su propia libertad, deben ser ellos mismos los primeros ejemplos de hombres libres. Y esto, con muy honrosas excepciones, es difícil de encontrar entre el profesorado universitario, donde la mayoría no dispone de la formación didáctica (inicial y permanente) necesaria ni toleran el cambio de sus sistemas pedagógicos (exposiciones de tan gran altura y con tan alto grado de farragosidad, que más parecen tesis doctorales).

Titulitis

En consecuencia, la sociedad no adolece de eruditos ni de títulos, pero sí de docentes que comuniquen madurez, amplitud de conciencia, educación de un sentimiento de universalidad o crecimiento interior. Y por tanto, es deficitaria en humanidad, y el progreso humano en humanización. Porque únicamente se piensa en la eficiencia, que no en la eficacia, de los títulos y no en operar primero en la esencia del propio ser.

Hoy importa más un currículum cargado de titulaciones que un ser con conciencia de serlo. De nada sirve ser licenciado en... , hay que tener al menos un master (mejor, si es de una universidad americana), un doctorado en la Universidad de Oxford o veinte cursos de postgrado en universidades diversas. Y yo me pregunto por qué no sirve de nada ser licenciado en... ¿No será porque la universidad ha querido erigirse en "catedral de ideas de altura", quedándose en un puro ente abstracto? ¿No será que falta un proyecto profesional, una auténtica investigación a partir de nuestra propia realidad, y no de realidades ajenas? ¿No será que la universidad se ha convertido en una institución para masas sin otro objetivo que el de impartir títulos?

Sin lugar a dudas, se impone una reforma seria, hecha a partir de una investigación como la que apunta Agustín de la Herrán Gascón en su libro "La educación del S. XXI", centrada en cinco puntos: a) Diagnóstico pedagógico sobre la miseria humana: qué la mantiene, cómo se realiza, quién lo hace y por qué. b) Investigación sobre la fundamentación de una didáctica de la evolución humana. c) Orientación de tales fundamentos para el cultivo de un cuerpo docente excepcionalmente maduro. d) Cambio social centrado en la escuela. e) Evolución educativa profunda de la sociedad, y fortalecimiento de los elementos y procesos que lo permiten y estimulan.

Necesitamos una universidad que apueste por la didáctica (enseñar a pensar), basada en la formación del profesorado en cuatro ámbitos: 1) Ego. 2) Autoconocimiento. 3) Conciencia. 4) Evolución humana. Y no una universidad que se pliega al arquetipo funcional de la Administración, en función de sus propios intereses. Pero esto es difícil de conseguir porque, como dice J. Krishnamurti, "La verdadera educación es evidentemente un pe-

ligro para el gobierno. Es pues, función del gobierno la de hacer que no se imparta verdadera educación".

Lógicamente, la verdadera reforma pedagógica no es la que viene impuesta por la Administración, hecha por imitación de otros sistemas educativos o por ensayo y error indirecto, según la anterior imitación, sino la que se lleva a cabo por los propios profesores; una reforma en la que se tenga en cuenta la nula relación de trabajo entre profesor y alumno y en la que los más respetables eruditos desciendan de las alturas y aterricen, de cuando en cuando, en la prosaica realidad.

Claro que también esto resulta enormemente difícil, porque muchas veces son los propios profesores los que se resisten al cambio, aferrándose como razón inexcusable a la consabida masificación. Sin embargo, el catedrático de Didáctica de la Universidad Complutense de Madrid, M. Fernández Pérez, comprobó en una investigación (1989) que los profesores universitarios observados no variaban su forma de enseñanza tanto si la clase albergaba a varios centenares de alumnos como a una docena.

Concienciar a la sociedad: función del universitario

La Administración propicia una reforma light. Los profesores la acogen porque en nada modifica su sistema de trabajo ni su estatus funcional. Y los alumnos, cada vez más presionados por una sociedad que les exige múltiples títulos y obsesionados con aprobar exámenes y más exámenes, se olvidan de que la universidad es la etapa clave de su formación como individuo libre perteneciente a un grupo social y buscan el provecho inmediato, haciendo caso omiso del sabio consejo aristotélico: "Buscar siempre lo útil no es lo que más conviene a los hombres libres y bien dotados".

Hace ya algunos años, cuando era estudiante en la Facultad de Derecho de Santiago de Compostela, me publicaron un artículo en "El Ideal Gallego", cuyo título inicial era "Concienciar a la sociedad: función del universitario", pero que, tras pasar la "censura" de la época (concienciar era una palabra teñida de rojo), quedó en "Sensibilizar a la sociedad: función del universitario". Un artículo del que únicamente me gustaría retomar su idea: que el estudiante ha de ser el "Pepito Grillo", la mosca cojonera, de la sociedad, y cantarle un poco las verdades. Para que no se mire constantemente el ombligo. Para empujarla al cambio. Para recordarle valores perdidos. Para luchar por "utopías"...

En esa época luchábamos por conseguir lo que no teníamos: actividades culturales, información, participación, mejoras dentro de la propia facultad... Y esa lucha te hacía crecer como persona y te proporcionaba grandes satisfacciones, como poner en marcha un cine-club, a pesar de que casi nos costó la cárcel, o algunos sinsabores, como el fracaso de un Centro de Información para el estudiante, que no fue posible por suspicacias y algo de desidia de los propios implicados. Y si bien es verdad que la mayoría de las veces los esfuerzos por mejorar la situación eran superiores a los resultados conseguidos, aún ahora, creo que merece la pena intentarlo y no resignarse a que sea la sociedad quien nos manipule y nos diga lo que tenemos que hacer.

Esa faceta universitaria es la que me ha marcado de una manera más profunda. Al contrario que la formación meramente académica, que la recuerdo como una nebulosa con muchas horas de aburrimiento, tomando apuntes sobre las fuentes del Derecho (durante meses nos las repetían prácticamente en todas las asignaturas) y sólo dos catedráticos que supieron transmitirme entusiasmo e interés por su asignatura, uno de Derecho Romano y otro de Mercantil. En ese sentido me ha sido mucho más provechosa la formación que inicié, por mi cuenta, en materia de Educación y los tres años de Filología que hice en la UNED. Lo cual indica que algo no anda bien y que la Universidad, hoy, es poco más que una fábrica de títulos.